

virás de padre. Carlos me amaba bien; ¡he sido tan bueno para él! no le he contrariado jamas, y él tampoco me maldecirá. Por otra parte, ya verás cuan dócil es; en esto se parece á su madre! no te dará jamas pesar alguno. ¡Pobre jóven! Acostumbrado á los goces del lujo, no conoce ninguna de las privaciones à que nos ha condenado á entrambos nuestra primera miseria...Y helo ahora arruinado y solo. Si, todos sus amigos le abandonarán, y yo seré la causa de sus humillaciones! ¡Ah! quisiera tener el brazo bastante fuerte para enviarle de un solo golpe al cielo, á reunirse con su madre! ¡Locura! ya vuelvo á mi desgracia y á la de Carlos. Te lo envio para que le des á saber convenientemente mi muerte y su suerte futura. Sé un padre para él; pero un buen padre. No le separes de repente de su vida descansada, porque le matarias. Yo le pido de rodillas que renuncie á los créditos, que como heredero de su madre, podria reclamar contra mí. Pero este es un ruego superfluo; porque él es honrado y no querrá unirse á mis acreedores. Haz que renuncie á mi sucesion en tiempo idoneo. Revélale las duras condiciones de la vida que yo le propongo, y dile, que si me conserva su ternura, díselo en mi nombre, no lo ha perdido todo aun. Si: el trabajo que nos ha salvado á entrambos puede volverle la fortuna que yo le quito; y si quiere escuchar la voz de su padre, que por él quisiera salir un momento de la tumba, que par-

ta, que se vaya á las Indias! Hermano mio, Carlos es un jóven bueno y valeroso, hazle una pacotilla, y ántes morirá que deje de volverte los primeros fondos que tú le prestes; porque tú se los prestarás, Grandet, so pena de crearte remordimientos. Oh! si mi hijo no encontrase socorro ni ternura en tí, pediria eternamente á Dios venganza por la dureza de tu corazon. Si yo hubiese podido salvar algunos valores, bien tenia derecho para dejarle una suma sobre los bienes de su madre: pero los pagos de fin de mes habian agotado todos mis recursos. Yo no hubiera querido morir dejando en duda la suerte de mi hijo, y sin haber sentido santas promesas en el calor de tu mano que me hubiera alentado; pero me falta el tiempo. Mientras Carlos viaje me es preciso formar mi estado de deudas. Procuraré probar por la buena fe que he usado en todos mis negocios, que en mis desastres no ha habido falta, ni improbidad. ¿No es esto ocuparme de Carlos? Adios, hermano mio. Concédate Dios todas sus bendiciones por la jenerosa tutela que te confio y que tú aceptas sin duda. De continuo habrá una voz que rogará por tí en aquel mundo en el que todos debemos reunirnos un dia, y en el que está ya tu hermano

*Victor-Angel-Guillermo Grandet.*

— Con que estais disputando, dijo M. Grandet, volviendo á doblar la carta ecsactamente sobre los mismos pliegues y metiéndosela en la faltriquera del chaleco.

Luego contempló á su sobrino con un aire humilde y tímido con el cual ocultó sus emociones y cálculos.

— Te has calentado ya?

— Sí, querido tío, muy bien.

— Y bien! donde están las mujeres? dijo el avaro, olvidando que su sobrino se quedaba en su casa.

— En tal punto entraron Eugenia y su madre.

— Está arreglado todo ahí arriba? preguntó el viejo, recobrando su calma.

— Si, papá.

— Con que, sobrinito, si estás cansado Mariana te acompañará hasta tu cuarto, que aunque no es un aposento de *mirliflor* (12) deberás disimularlo á unos pobres viñadores que no tienen jamas un cuarto. Los impuestos nos arruinan.

— No queremos ser indiscretos, Grandet, V. tendrá que hablar con su sobrino y así deseamos á ustedes buenas noches... y hasta mañana, dijo el banquero.

A estas palabras se levantó la tertulia y cada cual saludó á su manera.

El notario fué á buscar su linterna detras de la puerta, y al encenderla dijo á los de Grassins que iba á acompañarlos, porque no habiendo previsto un

incidente que terminó prematuramente la reunion, su criado no habia llegado aun.

— ¿Quiere V. darme el gusto de aceptar mi brazo, señora? dijo el abate Cruchot á la de Grassins.

— Gracias, señor abate, tengo á mi hijo, respondió secamente.

— Las damas no pueden comprometerse conmigo, repuso el abate.

— Da el brazo al señor Cruchot, dijo su marido; y aquel alijeró el paso con la hermosa dama, para adelantarse á la comitiva.

— Señora, ese jóven es muy guapo, dijo apretándole el brazo. *Adios, canastos, que se acabó la vendimia.* Debe V., decir adios á la señorita Grandet, Eugenia será del parisiense. A menos que ese primo no esté enamorado de alguna jóven de Paris, vuestro hijo Adolfo va á encontrar en él al rival mas....

— Deje V., señor abate: ese jóven no tardará en ver que Eugenia es una necia, una muchacha sin interés. ¿La ha ecsaminado V. bien esta noche? Estaba amarilla como un membrillo.

— ¿Y V. acaso se lo ha hecho advertir al jóven?

— No he tenido ningun reparo.

— Póngase V. siempre al lado de Eugenia y poco tendrá que decir de ella. El primo hará una comparacion espontánea que....

— Desde luego me ha prometido que pasado mañana vendrá á comer conmigo.

-- ¡Oh! si V. quisiese!

-- ¡Y qué he de querer! ¿Piensa V. por ventura darme malos consejos? ¿No he llegado á los treinta y nueve años de mi edad, con una reputacion sin tacha, gracias á Dios, para comprometerla, aun cuando se tratase del imperio del gran Mogol? Los dos estamos ya en una edad en que se sabe lo que quiere decir hablar. Por ser eclesiástico tiene V. unas ideas bien estrañas. ¡Oh! esto es digno de *Faublas*.

-- ¡Vaya! ¿con que V. ha leído á *Faublas*!

-- No, señor abate, quise decir *las compañías peligrosas*.

-- ¡Oh! este libro es infinitamente mas moral, dijo riendo el abate. Pero V. me hace tan perverso como un jóven de hoy dia; yo queria simplemente...

-- ¿Osará V. decirme que no pensaba en darme malos consejos? Claro está. Si este jóven, que es muy hermoso, convengo en ello, quisiera enamorarme, no pensaría en su prima. En Paris, lo se muy bien, muchas buenas madres se sacrifican así por la fortuna de sus hijos; pero nosotros estamos en provincia, señor abate.

-- Si señora.

-- Y sepa V. que yo no quisiera, ni Adolfo admitiera tampoco cien millones comprados á tal precio.....

-- Señora, yo no he hablado de cien millones; es-

to hubiera sido tal vez superior á las fuerzas de uno y otro. Solamente creo que una mujer honrada puede permitirse muy bien y con todo honor esas pequeñas coqueterías sin consecuencia, que hacen parte de sus deberes en sociedad.

-- ¿V. lo cree?

-- ¿No debemos procurar sernos agradables los unos á los otros?... Permitid que me suene.

Yo la aseguro á V., señora, continuó, que su mirada era un poco mas alagüeña cuando iba dirigida á V. que á mí; mas yo le perdono esta preferencia de honrar la hermosura antes que la vejez.....

-- Es claro, decia el presidente con su robusta voz, que M. Grandet de Paris envia á su hijo á Saumur con puras intenciones matrimoniales.....

-- ¡Mas en tal caso el primo no habrá caido como una bomba! respondia el notario.

-- Esto nada significa, dijo M. de Grassins, el buen Grandet es algo misterioso.

-- Amigo mio, dijo á su esposo la señora de Grassins, he convidado á comer á aquel jóven. Será menester que tú vayas á convidar á los señores de Larsonnière, á los de Hautoy, con la hermosa señorita de Hautoy; bien entendido, que se adorne bien aquel dia! A la devota de su madre, por celos solamente!.....

-- Espero, señores, que nos haran Vds. el favor de venir tambien, añadió, parando á la comitiva para dirijirse á los dos Cruchot.

—Ya están ustedes en su casa, señora, dijo el notario.

Después de haber saludado á los tres de Grassins, los tres Cruchot se volvieron á su casa, sirviéndose de aquel jenio de análisis que poseen los de las provincias, para estudiar bajo todos aspectos el grande acontecimiento de esta noche que cambiaba las posiciones respectivas de los Cruchotinos y Grassinistas. El admirable buen sentido que dirigia las acciones de estos tres grandes calculadores les hizo sentir á unos y otros la necesidad de una alianza momentánea contra el enemigo comun. ¿No debian impedir mutuamente que Eugenia amase á su primo, y que Carlos pensase en su prima? Podria el parisiense resistir á las pérfidas insinuaciones, á las dulces maledicencias, á las denegaciones sencillas que irian constantemente en torno de él, y le enlugarían como las abejas cubren de cera á un caracol caido en su colmena?

Luego que los cuatro parientes se hallaron solos en la sala, M. Grandet dijo á su sobrino:

—Es hora ya de acostarnos. Hoy es demasiado tarde para contarte los motivos que te traen aquí; mañana tendremos tiempo conveniente. Aquí almorzamos á las ocho; al medio día comemos alguna fruta, un pedacito de pan sin sentarnos á la mesa, y bebemos un vaso de vino blanco; después comemos como los parisienses á las cinco. Si quieres ver la po-

blacion y sus alrededores, estarás libre como el aire. Escúsame si mis quehaceres no me permiten acompañarte siempre. Acaso oirás decir por ahí, que yo soy rico: M. Grandet por aquí, M. Grandet por allí;... pero yo los dejo hablar, puesto que mi crédito nada pierde con sus habladurias. Pero lo cierto es que yo no tengo un sueldo y que á mi edad he de trabajar todavía como un oficial joven, que no tiene mas bienes que una mala azuela y dos brazos para llevarla. Acaso tu mismo tendrás ocasion de ver luego lo que cuesta un escudo cuando se debe sudar. Vamos: Mariana, las velas!

—Espero, sobrino que hallarás todo lo que sea menester; pero si te falta alguna cosa llama á Mariana.

—Querida tia, (13) no será fácil, porque pienso que me he traído todo lo necesario. Deseo á V. una feliz noche, lo mismo que á mi primita.

Carlos tomó de manos de Mariana una vela de cera encendida, una vela de Anjou amarillenta ya y envejecida de estar en la tienda y tan parecida á las de sebo, que M. Grandet, incapaz de sospechar que la hubiese en su casa, echó de ver aquella magnificencia.

Voy á enseñarte el camino, díjole el viejo.

En vez de salir por la puerta de la sala que daba á la bóveda, M. Grandet hizo la ceremonia de irse por el pasillo que separaba la sala de la coci-

na. Una puerta batiente guarnecida de un gran vidrio oval cerraba aquel pasillo del lado de la escalera à fin de templar el frio que allí entraba. Pero no por eso en invierno dejaba de soplar el aire mas fuertemente y à pesar de las colchadas cosias que habia en las puertas de la sala, apénas podia mantenerse el calor en un punto regular.

Mariana se fué à echar los cerrojos de la puerta principal, à cerrar la sala, y à soltar un mastin, cuya voz era cascada como si tuviese una laringuita. Aquel animal de una ferocidad extraordinaria no conocia mas que à ella: ambas criaturas campestres se comprendian. Cuando Carlos vió las amarillentas y ahumadas paredes entre las que temblaba la escalera bajo el pesado paso de su tio, fuése aumentando su estrañeza. Creíase metido en un gallinero. Su tia y su prima, hácia quienes volvió el rostro para ecsaminar sus caras, estaban tan acostumbradas à aquella escalera, que no adivinando la causa de la admiracion de Carlos, la tomaron como una espresion amistosa, á la que contestaron con una agradable sonrisa que lo desesperó.

¿Que diablos me envia à hacer aquí mi padre? se preguntaba à sí mismo.

Llegado al primer rellano, vió tres puertas pintadas de rojo etrusco y sin batientes; puertas perdidas en la polvorosa pared y con aparentes fajas de hierro, clavadas con pernos, terminadas à ma-

nera de llamas, como lo estaba tambien por cada lado la larga entrada de la cerradura.

De estas puertas, la que habia al extremo de la escalera, y que daba entrada al cuarto situado encima de la cocina, estaba tapiada sin duda. No podia entrarse mas que por el cuarto de M. Grandet, à quien aquel aposento servia de gabinete, y la única ventana por donde entraba la luz estaba guardada por la parte del patio con enormes barras de hierro enrejadas.

Nadie tenia permiso de entrar hasta allí, ni aun madama Grandet. El avaro queria estar solo como un alquimista en su hornillo. Allí tenia sin duda algun escondrijo habilmente construido, allí se almacenaban los títulos de propiedad, allí colgaban las balancillas de pesar luisas, allí se hacian de noche y en secreto las libranzas, los recibos y los cálculos, de modo que los ajentes de negocios, viendo à M. Grandet pronto siempre para todo, podian imaginar que tenia à sus órdenes una maga ó un demonio. Allí sin duda, cuando Mariana roncaba para despertar à un muerto, mientras que el perro velaba y hostezaba en el patio y que la señora Grandet y su hija dormian profundamente, el tonelero iba à cuidar, à acariciar, à divertirse, à embelesarse con su oro. Las paredes eran fuertes y seguros los contraventados. Él solamente tenia la llave de aquel laboratorio donde segun se decia, consultaba los pla-

nes en que tenia dibujados sus árboles frutales, y en que cifraba sus productos à poca diferencia.

La entrada del cuarto de Eugenia era frontera à aquella puerta tapiada, y al cabo del pasillo estaba el aposento de los dos esposos, que ocupaba todo el fróntis de la casa. Madama Grandet tenia un cuarto que comunicaba con el de Eugenia por medio de una puerta de vidriera. La habitacion del avaro estaba separada de la de su mujer por medio de un tabique, y del misterioso gabinete por una gruesa pared. Grandet habia alojado à su sobrino en el segundo piso, en la buardilla que habia sobre su cuarto, para poderle oir, si acaso se le antojaba ir y volver.

Cuando Eugenia y su madre llegaron à la mitad del pasillo, se dieron el beso de costumbre y despues de haber dicho ciertas espresiones de adios à Carlos, frias en los labios, pero ardientes en el corazon de la jóven, se fueron à sus cuartos.

-- Cátate en tu habitacion, dijo Grandet à su sobrino, abriéndole la puerta; si tienes necesidad de algo llama à Mariana, sino el perro se te come vivo sin hablar palabra. Duerme bien, y buenas noches. -- ¡Ah! ¡ah! ¡con que esas señoras te han encendido fuego! repuso, viendo llegar à Mariana con un calentador.

-- ¡Otra que bien baila! ¿que habeis tomado à mi sobrino por una partera? vuélvete con tu fuego Mariana.

-- Pero, señor, las sábanas están húmedas, y ese caballero es tan tierno como una niña.

-- Vamos, ve, ya que te lo has metido en la cabeza; pero ten cuidado con no pegar fuego; y en seguida bajóse por la escalera murmurando palabras inciertas.

Por lo que toca à Carlos, quedóse como quien ve visiones. Despues de haber echado una mirada por aquellas paredes forradas de ese papel amarillo con ramilletes de flores de que se sirve para entapizar los figones; despues de haber contemplado una chimenea hecha de piedra de liancha estriada, sin pintar, y cuyo solo aspecto causaba frio, despues de haber visto la pobreza de aquella habitacion, Carlos miró seriamente à Mariana, y la preguntó:

-- ¿Dígame V., es bien cierto que estoy en casa de M. Grandet, antiguo *maire* de Saumur, y hermano de M. Grandet de Paris?

-- Si, señor; en casa de un sujeto bien amable, bien querido, bien perfecto. ¿Quiere V. que le ayude à desatar éstos cofres?

-- Muy bien: ¿ha servido V. entre los marinos de la Guardia?

-- Ho! oh! respondió Mariana, ¿que quiere V. decir con los marinos de la guardia? ¡Vaya una cosa salada! oh! oh! oh!

-- Vaya, busque V. mi bata en esa baliya. Ahí tiene V. la llave.

Mariana se quedó maravillada al ver una bata de seda verde con flores de oro y dibujos antiguos.

—¿Va V. á ponérsela ahora para acostarse?

—Sí.

—¡Virjen santa! ¡qué hermoso frontal de altar para la parroquia! Désela, désela V. à la iglesia, señorito; así salvará V. su alma, y esto se la hará perder. ¡Oh! ¡que gallardo está V. con ella! Voy à llamar à la señorita para que le vea à V.

—Vamos, Mariana! quiere V. callar? déjeme V. en paz, que ya arreglaré yo eso mañana; y si esta bata le gusta à V. tanto, bien podrá salvar su alma; porque soy demasiado buen cristiano para reusársela cuando me vaya, y hará V. de ella lo que mas guste.

Mariana se quedó plantada, contemplando à Carlos, sin poder dar fe à sus palabras.

—Darne ese hermoso atavío! pensó al marcharse. Ese buen caballero ya sueña.

—Buenas noches, Mariana.

Qué diablos he venido á hacer aquí pensó Carlos al dormirse. Mi padre no es un tonto y algo se habrá propuesto al enviarme. ¡Bah! para mañana los asuntos serios, decía no sé que zopenco griego.

—¡Virjen santa! cuan guapo es mi primo! díjose Eugenia, interrumpiendo sus oraciones que aquella noche dejó sin acabar.

—La señora Grandet no tuvo pensamiento algu-

no al acostarse. Oía como se paseaba su marido à lo largo de su cuarto por la puerta de comunicacion que habia en medio del tabique. Parecida à todas las mujeres tímidas, habia estudiado el carácter de su señor, y así como la gaviota prevé la tormenta, presintió ella por señales imperceptibles la tempestad interior que agitaba à M. Grandet. En tales casos, para valernos de su misma espresion, hacíase la muerta.

—M. Grandet miraba la puerta forrada interiormente con planchas de hierro, que habia mandado poner en su gabinete y se decía:

—Estraña idea le ha ocurrido à mi hermano legándome à su hijo. ¡Hermosa sucesion! yo no tengo veinte escudos que dar, y ¿qué son veinte escudos para un mozalvete que miraba mi barómetro como si quisiese echarlo al fuego?

Y pensando en las consecuencias de aquel testamento de dolor, M. Grandet estaba acaso mas ajitado que su hermano cuando lo escribió.

—Aquella bata será mia, decía Mariana, que se durmió vestida con su frontal de altar, soñando flores, ramos y damascos, por la vez primera de su vida, así como Eugenia soñó en amores.